

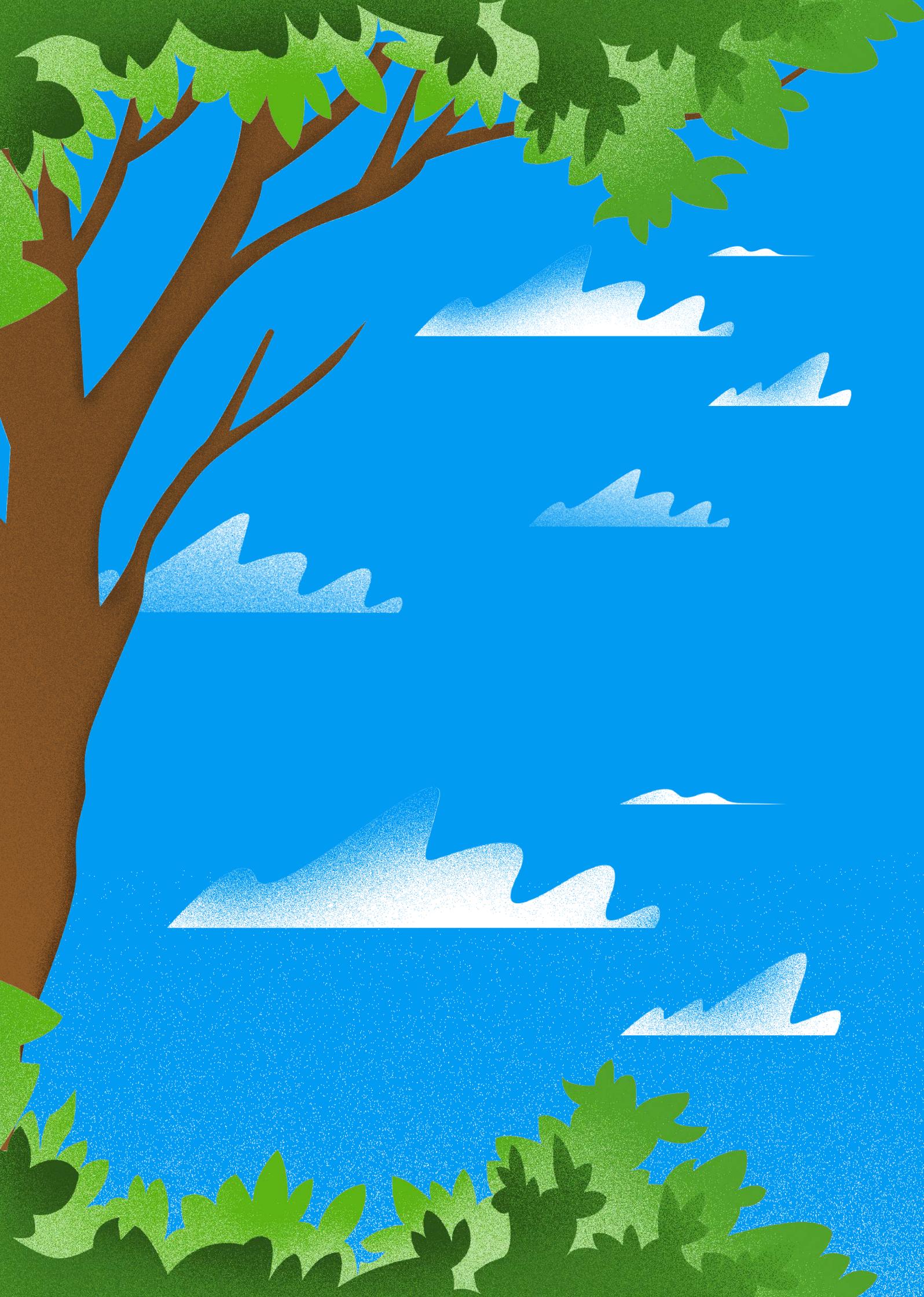


Fundación
Telefónica
Movistar

Cientos de voces imaginando el futuro

UN RELATO DE FUNDACIÓN TELEFÓNICA
MOVISTAR COLOMBIA Y RICARDO SILVA ROMERO

#RepensandoElMañana



#RepensandoElMañana

Actualmente, el mundo afronta una crisis sanitaria severa por la elevada pérdida de vidas y por el impacto económico generado por la pandemia del COVID-19. Esta situación nos deja de manifiesto que nuestro propósito como Fundación Telefónica Movistar es más relevante que nunca, siendo nuestro objetivo trabajar con mayor fuerza para ayudar a las poblaciones más vulnerables en los momentos que más lo necesitan y lograr así, que nadie se quede atrás en el mundo digital.

Esta emergencia es una oportunidad para que la tecnología dé un paso más alto en la digitalización e impulse la inclusión, las oportunidades y una transición digital sostenible, siempre con foco en las personas. Desde la Fundación Telefónica Movistar buscamos promover una educación digital de calidad, que esté al alcance de todos los colombianos, porque estamos convencidos de que la educación es una de las claves principales para el progreso y el mejor antídoto contra la exclusión. Sin embargo, también queremos ir más allá, con el fin de contribuir en la construcción de un futuro en el que todos estemos incluidos.

Por ello, en esta oportunidad diseñamos una campaña en donde nuestros beneficiarios, organizaciones aliadas, seguidores y público en general pudieran compartirnos sus experiencias, sueños, ideas y comentarios a través de las redes sociales, usando el hashtag #RepensandoElMañana a fin de reflexionar, buscar respuestas y soluciones de cara a la emergencia generada por el coronavirus y de reconocer lo que está sucediendo, establecer prioridades y buscar vías para la reconstrucción y la reinención de la sociedad. Esta iniciativa fue pensada como un espacio que le diera cabida a todo aquel que quisiera participar, pues la situación de crisis actual nos ha demostrado que analizar el estado de nuestro país y los pasos que deberíamos dar en el futuro son un ejercicio que debe involucrar a todos.

Con todas estas expresiones generadas por los colombianos, decidimos realizar este relato en conjunto con el escritor colombiano Ricardo Silva Romero, para contar esas reflexiones de quienes en esta coyuntura están repensando cuáles son sus auténticas prioridades e intereses y cómo ser parte de este nuevo pacto social, donde la prioridad deben ser las personas.

Así, nace este maravilloso escrito de reflexión “Cientos de voces imaginando el futuro”, bajo la autoría de Ricardo Silva Romero y todos aquellos que hicieron parte de esta campaña; como una huella en el mundo digital que no se borrará y quedará para seguir llevándonos a la reflexión, que en últimas es el camino que nos demuestra que siempre podemos encontrar oportunidades donde hay crisis.

Mónica Maria Hernández
Directora de la Fundación Telefónica
Movistar Colombia

Cientos de voces imaginando el futuro

UN RELATO DE FUNDACIÓN TELEFÓNICA MOVISTAR COLOMBIA Y RICARDO SILVA ROMERO

Cuando uno se dice “no puedo creerlo”, en pleno revés de fortuna o ante una traición de la vida que se venía viviendo, es porque está apenas a un paso de rechazar o de asumir lo que se le ha venido encima: está a un paso de negarse terminantemente a pasar la página o de encogerse de hombros ante el hecho incontestable de que vivir es estarse yendo, estarse volviendo una versión de uno mismo. Hubo un tiempo, al principio de la pandemia que sabemos, en el que no era nada fácil creer lo que estaba pasándonos: ¿un virus?, ¿Wuhan?, ¿murciélagos?, ¿alerta amarilla?, ¿contagios?, ¿distanciamientos?, ¿tapabocas?, ¿antibacteriales?, ¿alerta naranja?, ¿cuarentenas?, ¿educaciones a distancia?, ¿teletrabajos?, ¿aislamientos?, ¿respiradores?, ¿ocupación total?, ¿alerta roja? Entonces fue común la espera, para bien y para mal, de “la normalidad”: del mundo que había. Sucedieron los lugares comunes: “Seremos mejores”, “éramos felices”, “éramos bestiales”, “seremos peores”. Siguieron, de hemisferio a hemisferio, el heroísmo, la comunión, la paranoia, la devastación, la desolación. Vinieron las sociedades estremecidas, desnudadas, denunciadas por la catástrofe: se les vieron las costuras aquí y ahora. Y en este punto, hoy, quizás lo más sensato sea no sólo reconocer que estamos viviendo entre la bruma de una peste, y habrá que disiparla y superarla, sino continuar dándose cuenta de que estar vivo sigue siendo un vaivén diario del coraje a la esperanza.



CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO

No hay que recurrir al estudio de ninguna universidad gringa, o a la investigación de alguna encuestadora criolla echada para adelante, para concluir que hacía mucho tiempo los unos y los otros no nos mirábamos tanto en el espejo. Solíamos asentir ante nuestro reflejo, ridículos y trágicos y tímidos, como venciéndonos a nosotros mismos. Hoy solemos vernos de paso a la puerta de salida o camino al siguiente zoom. De vez en cuando se ve uno como es: irreversible. Pero por estos días pasa, además, que cuando cada cual está viendo su reflejo, alcanza a decirse –podría decirse que alcanza a escuchar– un montón de cosas que estamos pensando todos al mismo tiempo. Verse al espejo es, hoy, ver a todos. Verse al espejo no es verse la caricatura de la cara, sino verse la vida, pero también es tener enfrente la incertidumbre, la duermevela que la especie ha estado experimentando desde febrero, desde marzo. Todo espejo es público en estos momentos, mejor dicho, todo espejo es una ventana a una mente global que tiene a la mano las frases sueltas, los temores, las ansiedades, los arrepentimientos, las maldiciones, los secretos impronunciados, las plegarias, los mantras, las onomatopeyas, los lugares comunes que cada cual lleva por dentro.



CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO



Cuando me veo en el espejo de nuestra habitación, que es el espejo en donde sólo se ven mi esposa y mis dos hijos, es como si me estuviera viendo en el espejo de un restaurante que está cumpliendo un siglo, como si me estuviera dando cuenta, por fin, de que los políticos hablan y hablan y hablan por hablar –creo que la expresión precisa es “llueven sobre mojado”– cuando llaman a la innegable e inevitable unidad de sus electores. Alguien más perceptivo que yo, un vidente o un médium de tiempos del mito, podría ver todas las caras de la Tierra reflejadas en este espejo al lado de la puerta del cuarto, podría escuchar todas las voces que, como si se tratara de lanzar una botella al mar ahora que todos somos náufragos, acaban de pronunciar lo que están pensando sobre la pandemia. Pero ya que se trata de que las oraciones no se pierdan en la traducción, como se pierden tantas súplicas elevadas a dioses que no conocen aquellas lenguas, yo prefiero acudir a las sentencias –las plegarias y los vaticinios de #repensandoelmañana– que hemos estado recibiendo por estos días en las redes sociales, y que también son llamados a lo humano y a la solidaridad en estos abrumadores tiempos de numerales y de likes.

Como es bien sabido, porque se ha dicho hasta el cansancio o se ha vivido en carne propia –y en carne viva, por demás–, las redes sociales pueden amanecer convertidas en monstruosos tribunales, en cadalsos, en pelotones de fusilamiento, en multitudes desbocadas, en cultos de una sola mente, en climas propicios a la megalomanía, en tendencias hechas a imagen y semejanza del pensamiento de manada: “¡Steven Spielberg está cazando dinosaurios en plena pandemia!”, gritaron un montón de “dinosauristas” en mora de volverse un colectivo, en días pasados, ante una viejísima foto –1993 es el siglo pasado– de la filmación de Jurassic Park. Como es bien sabido, las redes, de Twitter a Facebook, de WhatsApp a Instagram, han servido para propagar verdades a medias y calumnias. Y, para sacar adelante votaciones fundamentales, para ganar plebiscitos o elecciones presidenciales o consultas de vida o muerte, los populistas reaccionarios y los caudillos de la vieja guardia sí que han sabido valerse de las noticias falsas o de los presagios sin pies ni cabeza que de alguna manera resultan verosímiles a buena parte de la población.



CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO



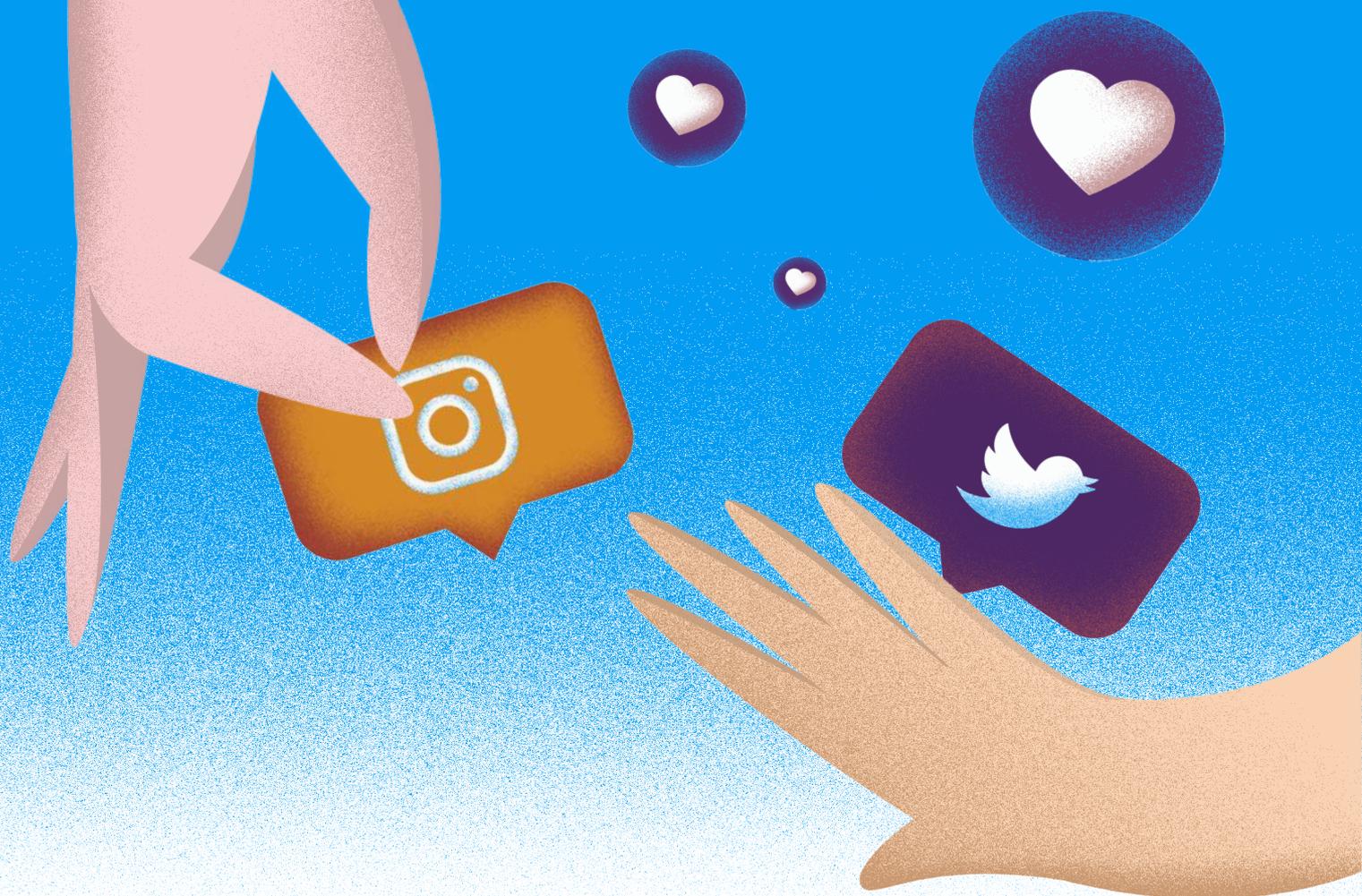
CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO



Y, sin embargo, en un principio fue lo natural que se entrara a los chats, a los blogs, a las redes sociales, a establecer contacto humano, a despejar, como el patito feo, la pregunta por la propia extrañeza: “Ah, hay más gente en el mundo que piensa, como yo, que Los Goonies es una obra maestra”, se pensaba. Creo que todos tenemos una idea de cómo fue la prehistoria de las redes –cruzaba uno los dedos mientras sonaba el carraspeo de la línea telefónica que trataba de conectarse– porque todos entramos a ellas con la aspiración de dar con prójimos que compartieran el mismo humor, el mismo amor por las sorpresas y los recuerdos y las recreaciones de la vida, el mismo temor a lo que viene: hicimos amigos de Twitter o de Facebook porque al comienzo no se trató de montar degolladeros, ni de popularizar rumores maledicentes, sino de mostrarles a los demás los gustos y los disgustos: de preguntar, de espiar ventanas de enfrente, de divertir, de llamarse por el hombro, de comunicar la belleza.



CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO



Se dio y se da y se seguirá dando la solidaridad en las redes sociales. Se verán cadenas de amigos que buscan a algún amigo desaparecido de un momento para otro o ciudadanos angustiados que donan lo que pueden donar para una causa. Ciertos personajes de redes publicarán sus cosas favoritas, una a una, sus hijos, sus paisajes, sus fotografías viejas, sus viajes, sus hallazgos, sus comidas, sus recetas para lo humano y lo divino. Ciertos cinéfilos recomendarán las películas de Cantinflas o las películas de Chaplin como si fueran nuevas. Ciertos lectores publicarán sus párrafos favoritos de los libros que estén leyendo como quien lee en voz alta a sus amigos porque alguien tiene que oír semejante belleza para que sea del todo cierta. Ciertos activistas llamarán a la compasión –nada más, nada menos– cada vez que la dignidad de una persona sea sitiada. Y yo lo tengo más claro que nunca, repito, porque tengo aquí adentro las reflexiones de #repensandoelmañana que han estado enviándonos por las redes desde que la Fundación Telefónica Movistar propuso esa reflexión.



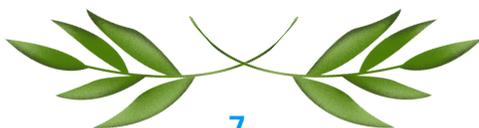
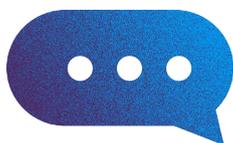
CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO



- Sepan, pues, que mientras yo me miro de reojo en el espejo –mientras me tengo frente a frente a mí mismo, diría Cantinflas, mientras me veo un poco más viejo, un poco más gordo, un poco más cansado– y trato de articular lo que está ocurriéndonos en este preciso momento, muchas voces de muchas personas están diciéndonos en Instagram, en Twitter y en Facebook cuál es el sentido de esta época: cientos de “usuarios” nerviosos, o sea de ciudadanos de un mundo que desde el espacio se ve como una red, están explicándonos para qué diablos nos está pasando lo que nos está pasando y tienen toda la atención de nosotros los que creemos que todo pasa por algo y para algo. Se dan las simples exclamaciones de aquellos que no dan más. Se dan las quejas y los reclamos. Y se dan los vaticinios, claro que sí, porque esta es una especie que se muerde las uñas y quiere saber qué va a pasar en la siguiente temporada de cualquier cosa.



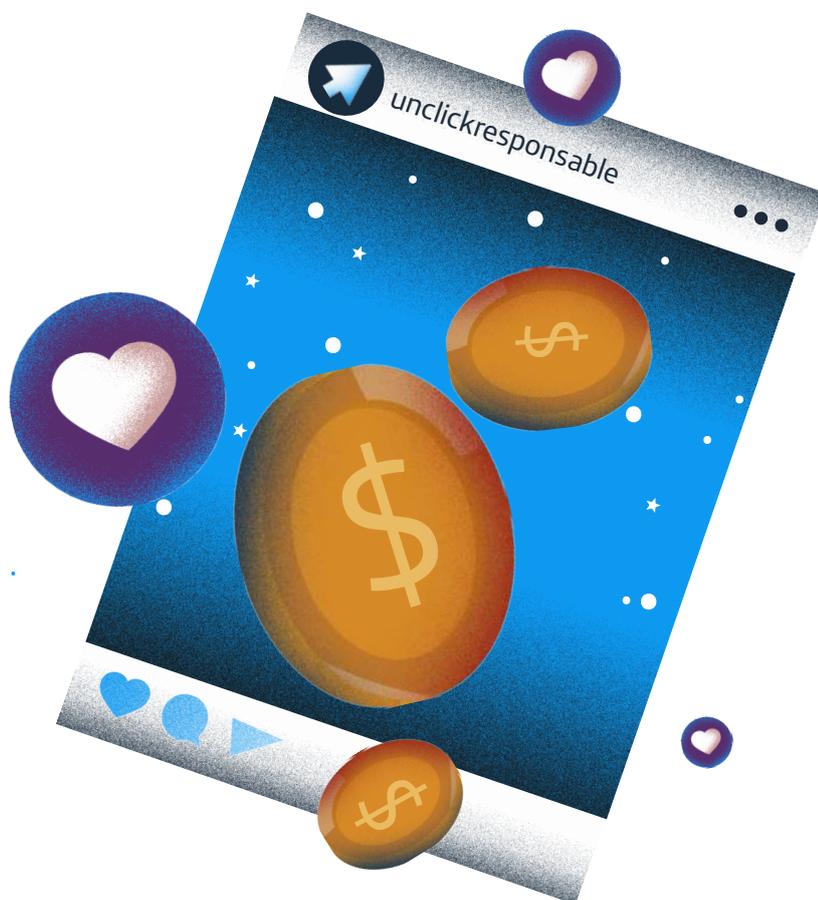
Gloria Avellaneda es contundente: “Después del Covid-19 va a seguir lo mismo”. Carlina Díaz nota que “habrá muchas sorpresas”. Marina Gómez avista “la normalidad”. @romariahernandez28 explica que “el mundo se detuvo en el momento justo de ir al despeñadero”. Elizabeth Conde está convencida de que “la gente valorará más la higiene”, sí. Delfy Muñoz cree que “seremos más humildes”. @lisirocker ve una ocasión para “restablecer prioridades”. @diazriveraruth nota que es tiempo de que “la naturaleza tome lo que por derecho le corresponde”. Nubia Jiménez aclara el asunto: que es menester “tener fe en Dios porque lo que viene será una catástrofe”, asegura. Beatriz Garcés lo pone en blanco y negro: esto “será igual o peor” a lo que ha sido. Lucía Corrazos la respalda: “Veo el futuro sin mucho optimismo...”. Diego Bohórquez le pone un precio al desmadre: “Todo se pondrá por las nubes”. Wilson Obregón vuelve su presagio una plegaria a quien corresponda: “Ojalá sin humanos sobre el planeta”, dice. Mary Lizcano adhiere como en una asamblea de desconocidos: “El universo libre de porquería de los humanos”, pide. Cristina Saldarriaga explica su mirada: es que “nuestros recursos se agotaron”, reconoce, hay que parar. Susana García teme que nos quedemos “sin defensas ni anticuerpos dentro de muy poco”.



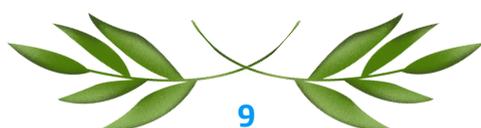
CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO



CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO



Ederson Leonardo sentencia: “Nada va a cambiar”. Sandra Peres tampoco ve salida: “Nos retrasaremos”. Aiko Carrasquilla calcula que “la recesión empezará en serio” en un par de semanas. Ana Mejía asiente como si la oyera en el cuarto de al lado: “La humanidad se va degradando cada día más”. Eduar Cárdenas va más allá en la aseveración: “La basura seguirá siendo creada”. Gabriel Salcedo hace una nota a pie de página: se vienen “más suicidios”, piensa. Adel Castro intuye que “tal vez nunca pase”, nunca termine este asunto, cuando se le pregunta por el futuro. Omar Hernández sospecha que “la naturaleza atacará con más fuerza”. Cristian Fernando anuncia “robots controlando todo”: ya se ven. Hernán Palencia predice, cómo no, “un incremento de las enfermedades psicosomáticas”. Nancy San subraya esa misma idea: “La gente se portará como si hubiera estado en la cárcel”. Zorhitch Sepúlveda le encuentra un pliegue más al fracaso: “Creeremos ser mejores”. Edwin Vargas asegura entonces que “buscarán obligarnos a vacunarnos”.

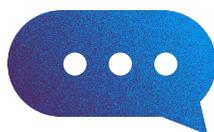


CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO

Nina Martínez especula al mismo tiempo que “yo le voy a tener es pavor a salir a la calle”. Carlos Belalcázar señala a la “élite iluminati” como a autora intelectual de la tragedia. Fredy Céspedes no se deja sorprender por la posibilidad de que salgamos de esta pandemia, como salimos de la de 1918, a una guerra mundial peor que las dos primeras. Jefferson González pronostica la llegada de un anticristo que nos va a “esclavizar a todos”. Eduard González ruega por todos: “Ayúdame, Señor”. Karen Faria se le junta: “Si Dios con nosotros quién contra nosotros...”. Chiquinquirá Yolisbet y Liliana Guiguero y Esperanza Henao cierran el argumento: “Amén”, repiten. @na tguerra2013 dice que estamos en lo que estamos para “consumir menos cosas que no necesitamos”. @unclickresponsable nos imagina más al tanto “de las dos caras de la moneda” de aquí en adelante. @fundalevapan cree que al final “habremos aprendido importantes lecciones”. @alsalazarga presiente que “nos volcaremos hacia las cosas sencillas y realmente importantes”. @alejandrinamanosalva nos predice “conscientes”.



CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO



Alba Echeverri imagina que “sólo unas pocas cosas quedarán para siempre en nuestro ADN”. La Fundación Keralty nos pide ser un poco “más solidarios”. Nubia Montaña le responde: “Pues ojalá”. La Fundación Sanar nos invita a un mundo donde “la sabiduría de nuestros ancianos sea más valorada”. @deluchi5 está convencida de que el trabajo en casa “nos permitirá a las mujeres seguir cosechando éxitos profesionales”: “emplearemos el tiempo que antes gastábamos en desplazamientos en horas productivas y en calidad de vida”, insiste. @AFEColombia menciona precisamente la importancia de “estar más cerca desde lejos”, claro, ahora nos vemos más con algunos. @felipegarzonforero pinta un mundo en que habrá “más virtualidad” aunque llegue la tan mentada vacuna. @fourseasons_floridablanca supone lo que ya se da: “Teletrabajo varios días a la semana”. @cardozodelarosa se lo confirma: “El teletrabajo se vino para quedarse”. @lamadrinaeventos agrega una realidad difícil de negar: “Más comercio electrónico”. @luisvilladiegoc se describe a sí mismo dedicándose a “muchos trabajos académicos”. @redinncol capta la necesidad de llevar “internet a cada rincón de Colombia”. @tictaccreativos da por hecho que nuestros maestros serán expertos en “estrategias creativas”, en línea, porque sí que se han visto obligados a repensar la educación. @slondonouribe espera el fin de las profundas inequidades colombianas. @linaguisao pide que “la xenofobia sólo aparezca en el diccionario”. @AmaluLD aspira a que la cooperación no sea sólo entre gobiernos. @lauraGallegoM menciona las innegables brechas de género como un horizonte a vencer. @claudiapalacios tiene enfrente un punto de fuga alentador “si cada individuo hace su parte”. @lunadavid no deja pasar la crisis como una oportunidad para “construir apuestas colectivas”. @galeriaelmuseo expone “más y más interés en el arte”. Claudia Triana aspira a que “el audiovisual se convierta en un motor de desarrollo”. María Isabel Ulloa, de ProPacífico, piensa en formas alternativas de transporte, de educación, de empleo. Samuel Hoyos declara que las telecomunicaciones van a ser el “motor fundamental de la reactivación económica y social de nuestro país”. Alejandro Santos se imagina+ “un mañana en el que podamos dialogar sin estigmatizarnos”. Lucho Garzón formula la necesidad de “democratizar el territorio”. E Irma López piensa que, pase lo que pase, “daremos testimonio de lo que vivimos”.



CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO



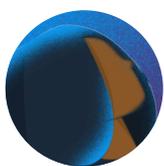
CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO



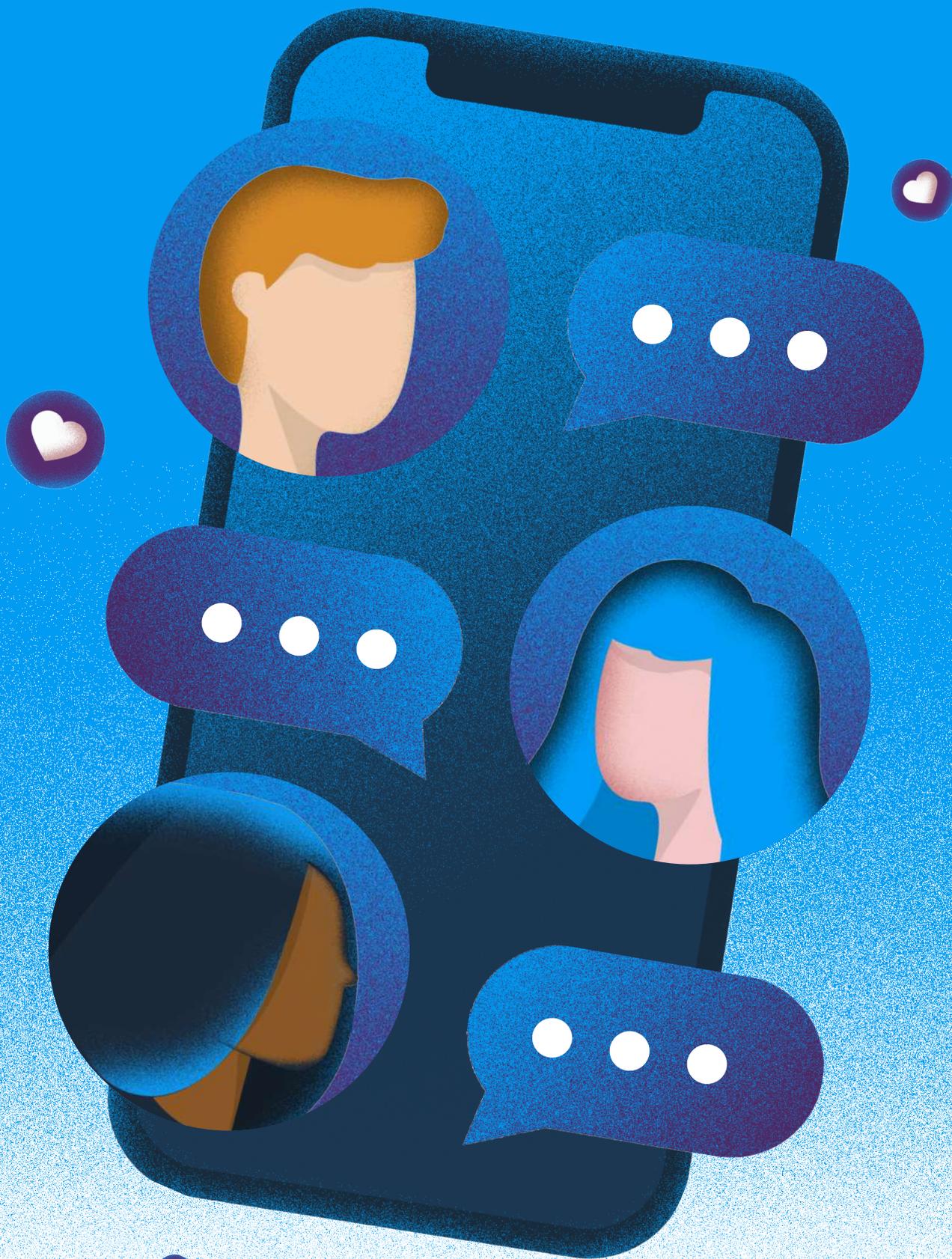
Y esto no para. Esta suma de voces continúa, una sobre otra, una contra otra, una para otra, porque cada día es un recordatorio de alguna fragilidad o de algún temor. Todas las ediciones de los diarios traen un par de titulares que advierten que esta situación está lejos de haberse terminado. El mundo, dese en el país en el que se dé, es un edificio en donde siempre hay alguien despierto: esa ventana de allá está encendida. Y así siguen llegando, como lloviendo, como multiplicándose a una velocidad sólo comparable con la del contagio, los testimonios de los demás. Aparecen, de la nada, los grafitis en las paredes virtuales, los desahogos de líneas de atención al cliente, los insultos que en mis tiempos se garabateaban en los cubículos de los baños: “¡Silva es de Santa Fe!”. Se dan también las verdades de a puño, pues adentro del cuerpo, gracias y a pesar del cuerpo, y después de la piel y de los tejidos y de los órganos, somos todos iguales: arrepentidos y anhelantes.



Y entonces, claro, Ricardo Rodríguez siente que “nos vamos volviendo cada vez más extraños”. Laura Echeverry reconoce nuestra vulnerabilidad. Fidelina Paipa piensa en voz alta “nos encerraron, nos silenciaron, nos endeudaron”. Dixa de García dice que “primero hay que darle gracias a Dios”, Luz Cifuentes echa de menos “ir a misa”, Luz Marina Orozco ora “por todo el mundo” y Mirta Castro pide allá arriba “porque todo vuelva a la normalidad”. Shaira Guzmán se lamenta porque “uno mira es más violencia”, Domingo Oranjel arranca su reflexión con las palabras “para los que sobrevivan...”, Nati Sánchez parte de que será imborrable esta época por todas las vidas que se perdieron. Carlos Peláez se adelanta a recordar que “la humanidad nunca cambiará”, Mauricio Muñoz presume que la especie se devorará a sí misma, Lisi Martínez se les ríe en la cara a quienes repiten que “seremos mejores personas” cuando salgamos de esto. Mabel García sentencia que esto “va a volver a ser igual”. Ana Mejía lamenta “cómo se ha recrudecido la maldad”. Gustavo Franco piensa que “ni los políticos ni los poderosos van a dejarse de ambiciones”. G. A. Molina exclama “¡quiero mi vida de regreso!”; Vidalina Zambrano hace su maleta para volver a Venezuela, Patricia Rodríguez sueña con financiación “para comprar mi casa y vivir con mis tres gatos”.



CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO



CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO



Ruth Mery ve a los bancos “haciendo con el cliente lo que les da la gana”. Diego Prada sospecha una manipulación del virus, Italia Duque se convence cada día más de esa misma teoría de la conspiración, Jairo Restrepo está de acuerdo en que están atemorizándonos, Lorena Arcos se refiere a un temor “para tapar cosas que hacen entre ellos”. Gloria Trejos espera reencontrarse con “las risas y las bromas de mis estudiantes”, Martha Mendoza se imagina riéndose con sus amigos, Rosa Bohórquez espera pronto “llevar a mi nieta al parque”, Claudia Rodríguez lamenta no ver a su madre ni a sus hijas, Josy Morales anhela “caminar por la playa”, John Ossa lamenta profundamente no estar en su trabajo, Isabel Rosario espera el final para visitar a sus padres, Ángela Romero quiere reunirse con sus hermanos. Andrés Nieto teme por los pequeños negocios que necesitan “de nuestro apoyo en este momento”. @diegotgraphic se resigna a “respetar la distancia entre personas”. Jota Hernández piensa en voz alta que le hace falta su libertad pero agradece haber pasado este tiempo de “reencontrar el sentido de la vida” con sus papás. @nietohincapie confiesa que querría ver a su mamá porque “hace cuatro meses no la veo”, @marvergara1126 extraña “los abrazos entre amigos”, Liz Vásquez anhela “la cantata y la gozata”. @lunoriega invita a “redescubrir lo que habíamos perdido por el afán del día a día”. @AurelioLlanoP señala que “ahora más que nunca valoramos a los campesinos porque siguen trabajando fuertemente para que no falten alimentos en nuestras casas”. Nicanor Janna tiene en mente “los vientos alisios a orillas del mar Caribe”.



CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO

Pero acto seguido aparece, venga de donde venga, la vocación a seguir viviendo y a editarse y a corregirse a uno mismo como cualquier texto que se respete: hay algo invisible que nos obliga a vivir a pesar de todo a pesar de las evidencias, y es algo invisible que algunos creen que es la sangre o que es el alma, pero sea lo que sea ha estado empujando a la gente a escribir y a reescribir también –en las redes de **#repensandoelmañana**– retratos de la adaptación a estos tiempos que nadie aparte de los autores de ciencia ficción los tenía entre sus cuentas. Hay gente que tiene la fortuna de la serenidad. Hay gente que estaba mejor parada cuando se dio esta noticia que comenzó con aplausos, siguió con amenazas de muerte y continuó con mensajes desganados a los médicos. Hay gente que simplemente llega a la conclusión de que seguir con vida es obligarse a la ilusión.



CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO



Poniéndose a sí mismos en la tarea de la esperanza, Jairo Quiroga dice que “sigue el baile”, Doris Múnera se encoge de hombros ante “una experiencia de vida”, Amparo Sanguino señala la situación como una experiencia irónica, Nelly Escobar reconoce que todo esto a ella le ha hecho reaccionar y Diana del Pilar se ha visto volviendo a lo básico. Gladys Gómez ya sabe “quién es amigo y quién no”, Ana Mejía parte de la base de que esto “más que un virus es una radiografía exhaustiva” y Carlos Restrepo la apoya porque ha visto a “los pobres más pobres y a los ricos más ricos”. Liliana Ahumada nos recuerda que el virus nuevo será una enfermedad más dentro de poco. Psimon Permer tiene claro que la vida es un regalo. Lorena Arroyo se ha reafirmado en la idea de “confiar plenamente en Dios”. José Moncada anuncia que “yo no me preocupo por nada mientras papá Dios esté conmigo” como dando un parte de tranquilidad. Ingrid Burbano y Rosalba Flórez y Germán Narváez y Marie Castellanos y Herlinda Gläser y Vidalina Zambrano y María Gallardo y Teresa Méndez y Martha Mendoza y María Duarte y María Teresa Balanta y Aide Martínez y Doris López y Beatriz Lambraño y Sandra Gámez y Amalfi Ramos se declaran agradecidos. Rocío Fuentes tiene fe, Eva Cuéllar escucha “misericordia”, Sandra Saltarin insiste en renacer “como el ave Fénix”. @nidiachavez y Ana Prasca comprenden, de nuevo, que estamos ante una “oportunidad”. @marchdulcey asume que esta “es una experiencia que logró unir a la humanidad”.

Johnny Miranda está listo a “una nueva paz”. Carmen Casalins y Teresa García y María del Pilar Hernández nos están viendo “más solidarios”. Andrea Moreno ha sido reeducada para “aprovechar mis días”, Cristian Martínez habla de vivir en verdad “nuestras propias vidas”, Claxi Lo y Georgina Carracedo han entendido el llamado a “estar con nuestra familia”. Marina Pereira piensa que la medida del hombre de aquí en adelante será su autocuidado. Paola Polo se ve y se imagina “buscando empleo”. Mercedes Tovar piensa en “volver de la oscuridad”. Cecilia Suárez y Beatriz Rodríguez y Adel Castro y Jhonatan Jair y José López y Jana Prieto y Gina Rocha y Bárbara Castro y María Zuluaga y Luz Venegas y Diana Barbosa y Nubia Jiménez y Anna Isabel Valencia y Rosa Sarmiento y Jessi Oro y Gisell Sevilla y María del Carmen Benavides están de acuerdo en resumirlo como un cambio profundo y verificable y para bien. Nataly Luna se ha preparado para “fomentar prácticas empáticas”.



CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO



CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO

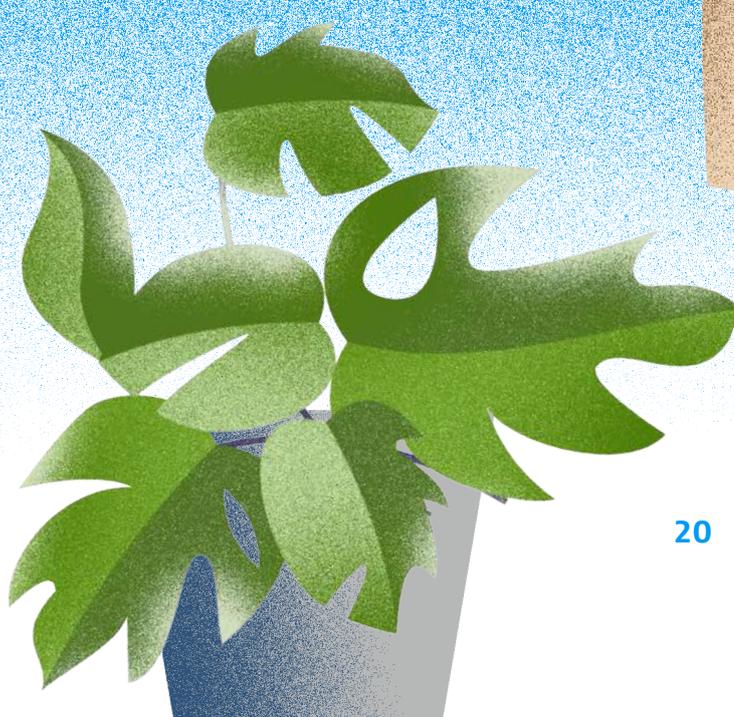


Miley Ortega se ha dispuesto a “ser más creyente” y Diosa Peinado confirma que la salida es “tener fe”. Mabel García no encuentra otro camino a “salir del confort”. La Fundación Serena del Mar ha aceptado la invitación a “tener una sensibilidad más profunda por los demás”. Jorge Emilio González se ha sentido haciendo el bien sin mirar a quién. Gabriela Andrea Ochoa se ha descubierto en una época para “acercarse más a los hijos” y Óscar Correa le confirma que “un virus nos enseñó el valor de la familia”. @ValeriaMira_ nota que “el cuidado está en el centro de las decisiones públicas”. @lluevelove advierte que “la distancia física que trajo el autocuidado no puede incrementar la distancia social que marcó la inequidad”. @natyvelos menciona “la urgencia de cultivar la esperanza”. @Martrujillo17 ve el chance de reconocer la humanidad en el otro. Mónica Tabares ha aprovechado la tecnología para estar pendiente de su gente. Olga Mantilla ve que va quedando la enseñanza de valorar cada instante de la vida. María Guirados siente el regreso del “pensamiento creador”. Carlos Julio García y Sara Viancha dicen que nada nos cambiará si no nos cambia esto. Y Lina Iglesias y Alexandra Cárdenas y Rosa Acevedo y Flor Soler ven cómo se va recobrando el prestigio de la solidaridad.

Sé que a ustedes, lectores, les va a sonar conveniente, pero la verdad en este texto es que acabo de salir de ahí, del espejo –donde no se encuentra uno con su cara, sino con su autorretrato–, con la sospecha de que todos pensamos todo esto en algún momento de estos días. Caigo en cuenta de que la gran mayoría de los testimonios que se han recibido son testimonios de mujeres: es claro que es la voz de las mujeres la que está librándonos a todos, hoy, de las trampas de siempre. Me lavo las manos como si me correspondiera al fin ser el adulto. Me voy por la casa como un vigilante de la tranquilidad de mi familia: mi hijo está jugando un juego de video que puede compartir con los amigos que no ve desde marzo, mi hija está inventándose una ciudad con señales de tránsito por toda la casa, mi esposa está leyendo letra por letra un libro que está editando desde hace un par de semanas. Y entonces, como noto este extraño momento en el que cada cual está en lo suyo, me siento a escribir –a reescribir– que los mensajes y los lugares comunes y los hallazgos que nos han estado llegando podrían haber sido pronunciados por cualquiera de nosotros: por mí.



CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO

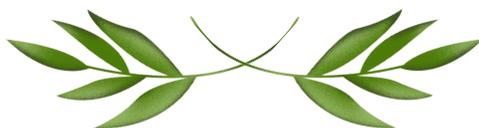


CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO



Ser humano es ser y pensar y pronunciar esa cadena de frases sueltas. Ser humano es como montar en bicicleta, sí, y no se olvida, y siempre se vuelve a ello pase lo que pase: como saben de memoria los expertos en las fases de una catástrofe –y a los expertos acaba de llevarme el psiquiatra Juan Carlos Molano–, en el estricto orden cronológico de cualquier desastre, de cualquier calamidad, se entera uno de que hay un peligro, primero que todo, y se encoge de hombros porque qué más puede hacer; empieza a sentir la amenaza como un sobrevuelo y una sombra que crece y crece; se da entonces el impacto, ¡tras!, y a pesar de todo siempre cae encima con la fuerza y el aturdimiento de un accidente; viene la reacción heroica, que hasta los personajes cómicos la llevamos por dentro, en el camino a un llamado a la comunidad, a la solidaridad, a la suma de todas las voces; se desciende de inmediato a tumba abierta, como dicen los ciclistas, por el despeñadero de la desilusión, del desaliento; e igual que en los demás duelos se aprovecha luego alguna fecha, algún aniversario o algún día simbólico, para comenzar a reconstruirse, a asimilarse, a soportarse, a defenderse de uno mismo, a volver al principio.

Quizás lo más extraño de vivir durante una pandemia sea, en ese orden de ideas, el hecho de que la catástrofe no es un terremoto o un acto terrorista o un incendio –no se trata de un revés ensordecedor que obliga a barajar la vida de nuevo y de inmediato–, sino una bruma sostenida, larga, con cuentagotas, que va tomándose todo persona por persona. El impacto, en otras palabras, se da por partes y se da todos los días porque ronda y enreda a cualquiera, y las fases del desastre se prolongan y la paciencia es puesta a prueba porque nada que llega el fin, nada, así de tanto en tanto los Gobiernos lo decreten: “Empezará a abrirse el sector tal a partir de tal fecha...”, se escucha por ahí. Se requiere de temple. Se necesita más que siempre de la paciencia y de la esperanza: “Esperancia”, suele decir mi hija de cinco años, que sigue enseñándonos a hablar, desde el principio del virus. Se necesita compasión incluso con uno mismo: uno, del espejo en adelante, suele ser el autor de su propia caricatura.



CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO



CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO



Hay que vivir en paz, por ejemplo, con la propia cabeza. Pues, como si uno fuera todos y todos fuéramos uno, estamos inquietos, tenemos miedo, miramos hacia adentro para no ver la incertidumbre a toda hora, dormimos por partes, sentimos que vamos a salir de esta situación como quien vuelve desde el fondo del agua, pensamos que por fin la conexión entre prójimos va a ser la más fuerte de las vocaciones humanas, pero nos parece extraño que a estas alturas del siglo XXI la humanidad no sea capaz de contener un virus, pero preferimos seguir las cuarentenas al pie de la letra porque poco más se puede hacer en una situación de estas, pero nos parece sospechoso que los Gobiernos sigan ampliando tanto los encierros como sus excepciones, pero acabamos de enterarnos de que el virus es tan cierto que recién ha agarrado por el pescuezo a un amigo, pero hay días que todo nos suena a conspiración diabólica de una junta que domina el mundo, pero luego le pedimos a Dios que nuestro destino sea otro, pero después reclamamos a quien corresponda que abran los negocios para que el uno y el otro no se mueran de hambre, pero las primeras planas de los periódicos susurran el recrudecimiento de las peores violencias, pero ahí mismo vemos demostraciones de compasión, de generosidad, de humanidad que nos callan la boca. Pero después nos damos cuenta de que está peligrando nuestra propia salud mental, sí, el doctor sí me lo había dicho, el doctor sí me lo había advertido: “Hay que usar mascarilla, lavarse las manos, tomar distancia, y de resto ver comedias en televisión y reírse”, me dijo. Pero en plena terapia forzada, en plena tarea de quedarse adentro de la casa y adentro de uno mismo, se descubre que ya se está demasiado viejo para ser un hijo y nada más, un espectador y nada más, y hay que asumir la responsabilidad y ponerle la cara a lo que está pasando.



CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO

Ciertos expertos en el comportamiento humano advierten este vaivén que viene con la catástrofe. Algunos lectores de los movimientos de los planetas señalan este año bisiesto, tal como lo han hecho desde mediados del año pasado, como un examen para cada nación, cada ciudad, cada barrio, cada familia y cada uno de los miembros de la especie: ¿quién soy?, ¿cuál es mi drama?, ¿por qué he creído lo que creo y he querido lo que quiero?, ¿cómo estoy interpretando mi personaje?, ¿qué clase de mundo ha sido, es y va a ser este? Y los primeros coinciden con los segundos en la pandemia –que no está allá, sino aquí mismo– como una oportunidad para madurar hacia el optimismo, para evolucionar hacia la esperanza: “Todo lo que pase, todo lo que sea, va a estar bien”. Quienes han estudiado seriamente el arte de escribir dramas –guiones cinematográficos, libretos para series de televisión, obras teatrales– tienen claro que más o menos hacia la mitad del segundo acto se le concede al protagonista una oportunidad para tomar las riendas de su vida, para pasar de la reacción a la acción: yo creo que es esto lo que está pasándonos a todos.



CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO

Que cada día estamos más anclados en el hecho de estar vivos. Que cada día es un paso más desde aquel “no puedo creerlo” hasta un “esto es”, que no es resignación, sino hallazgo. Que, aun cuando se trate de un lugar común que les escuchamos a medias a los filósofos, a las estrellas pop y a los monjes, hay que vivir hoy porque ayer es un suvenir y mañana es una conjetura. Ya se irá la peste, ya se volverá otro virus lidiado y puesto en cintura, otra enfermedad que puede darle a uno entre todas las enfermedades que van por ahí, pero no es que la vida esté aplazada mientras tanto, no es que estemos esperando a que vuelva la vida ni regrese la rutina a rescatarnos, sino que estamos encarándolo todo ahora mismo como quien tiene las riendas, sí, y ya lo sabe. Ya están aquí, por ejemplo, los tres de mi familia. Ya están llamándome en la puerta, como si fueran una foto, para que nos pongamos a hacer juntos alguna cosa. Yo también he tenido en la cabeza vaticinios, anhelos y descubrimientos. Yo he pensado que de aquí en adelante será cada vez más difícil sostener estos sistemas jerárquicos que han pretendido educarnos las pasiones pero han servido tantas veces para exacerbar la violencia. He tenido clarísima la fortuna que es tener un trabajo que puede hacerse desde una esquina de la casa y el agradecimiento y el reconocimiento a quienes se la pasan afuera para que los días puedan empezarse y terminarse. He estado pendiente de mi mamá, he estado pensando “qué habría pensado mi papá de todo esto”, he estado preguntándole por WhatsApp a mi hermano cómo va la pandemia en la ciudad esa en la que vive. Y me he dado cuenta de que esto no es un paréntesis al texto sino el texto mismo: quizás se parezca a aquellas épocas que más que épocas son lugares, refugios, hibernaciones, y terminan uniéndonos a las personas que nos tocaron en suerte –cosiéndonos, he pensado, juntándonos para siempre–, como les sucedió a aquellas familias que escaparon de las ciudades de las grandes guerras del siglo pasado. Quizás se parezca a esas pausas. Tal vez tenga algo de limbo. Y, sin embargo, sobre todo es una puesta en escena diaria.



CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO



Es hora de notar, en la rutina, que lo que hemos estado llamando “virtualidad” es parte fundamental de la realidad. Hubo un momento en el que nosotros, los setenteros y los ochenteros, envidiábamos las videollamadas de Los Supersónicos. Una y otra vez se nos venía a la mente la palabra “deshumanización” cuando leíamos la escena aquella de Fahrenheit 451 en la que un círculo de amigas tomaba el té –el té de las cinco de la tarde si no estoy mal– cada una desde su fría pantalla distópica. En el principio de estos días de pandemia solía repetirse que era una lástima encontrarse “a través de estos medios nuevos” o que ya nos encontraríamos luego “en un espacio menos lejano”. Y, sin embargo, con el paso de las semanas ha estado quedándonos claro que los tiempos de Los Supersónicos son estos, y usted y yo podemos vernos y oírnos ya mismo así usted esté en Italia y yo en Colombia, así usted esté en el Norte del Cauca y yo en Bogotá, y que además no es cierto que ese encuentro sea menos íntimo.



CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO

Dígamelo a mí, que por estos tiempos suelo enfrentar largas conversaciones pantalla a pantalla, en cualquiera de las plataformas que ya dominamos, interrumpidas de golpe por mi hija pequeña, que podría protagonizar el comercial de Energizer. Es como si el universo nos hubiera castigado por reírnos de aquel encorbatado analista de BBC Mundo, el señor Robert Kelly, que hizo lo mejor que pudo para conservar la lucidez y la seriedad en vivo y en directo en medio de la estrepitosa aparición de la familia entera –su esposa gateaba para alcanzar a sus dos niños pequeños antes de que llegaran al computador– en su estudio de experto. Es como si el universo nos estuviera poniendo de manifiesto que las transformaciones de estos años pueden servir para recordarle a los miembros de esta especie que no es poco compartir la experiencia de estar vivos en la Tierra.

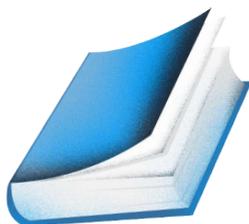
No es cierto, quiero decir, que la tecnología nos deshumanice y nos separe: la tecnología solamente nos separa cuando buscamos y queremos que lo haga. Entra uno a una reunión en zoom o a un “en vivo” de Instagram o a una llamada de WhatsApp, y no ve allí personajes, sino personas; no ve figuras públicas, sino seres humanos en sus esquinas, en sus habitaciones, rodeados en vivo y en directo –y con sonrisas resignadas– por las principales compañías de sus vidas, por las personas que los definen. Y, tal como lo hablamos con el equipo de **#repensandoelmañana** y de la Fundación Telefónica Movistar el día en el que me pusieron este reto, si lo que queremos es que ya nadie vuelva a quedarse atrás, que quien quiera pueda conectarse a ese “mundo conectado”, que todo ciudadano esté en la capacidad de ejercer su derecho de educarse o de repararse o de hallar a los otros o de participar en política, la virtualidad y la tecnología pueden asumirse como posibilitadores de la equidad, como garantes de cada presente.

Aquella idea puede ser, justamente, una idea a favor de toda una sociedad: el propósito posible, verificable, de que ya nadie vuelva a quedarse atrás. La idea de que, superadas las teorías de conspiración pronunciadas por voces robóticas en YouTube, el mundo digital llegue a todos para que cumpla su promesa de igualarnos, de “horizontalizarnos”, de librarnos de las viejas jerarquías que en este par de décadas han querido conectarnos para vigilarnos, para reducirnos a un panóptico lleno de “likes”. Quizás desde mi generación, que tiene un pie en el siglo XX y otro en el XXI, no sea tan fácil de ver, de notar, pues seguimos pensando en bipartidismos, en temores reverenciales, en sotanas y en uniformes y en togas que no tienen jueces –y así se fue la vida y así es–, pero en la generación de mis hijos difícilmente se entenderá aquello de vivir pidiendo permisos y disculpas a una cantidad de dueños de todo lo que hay en el planeta.

CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO



CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO

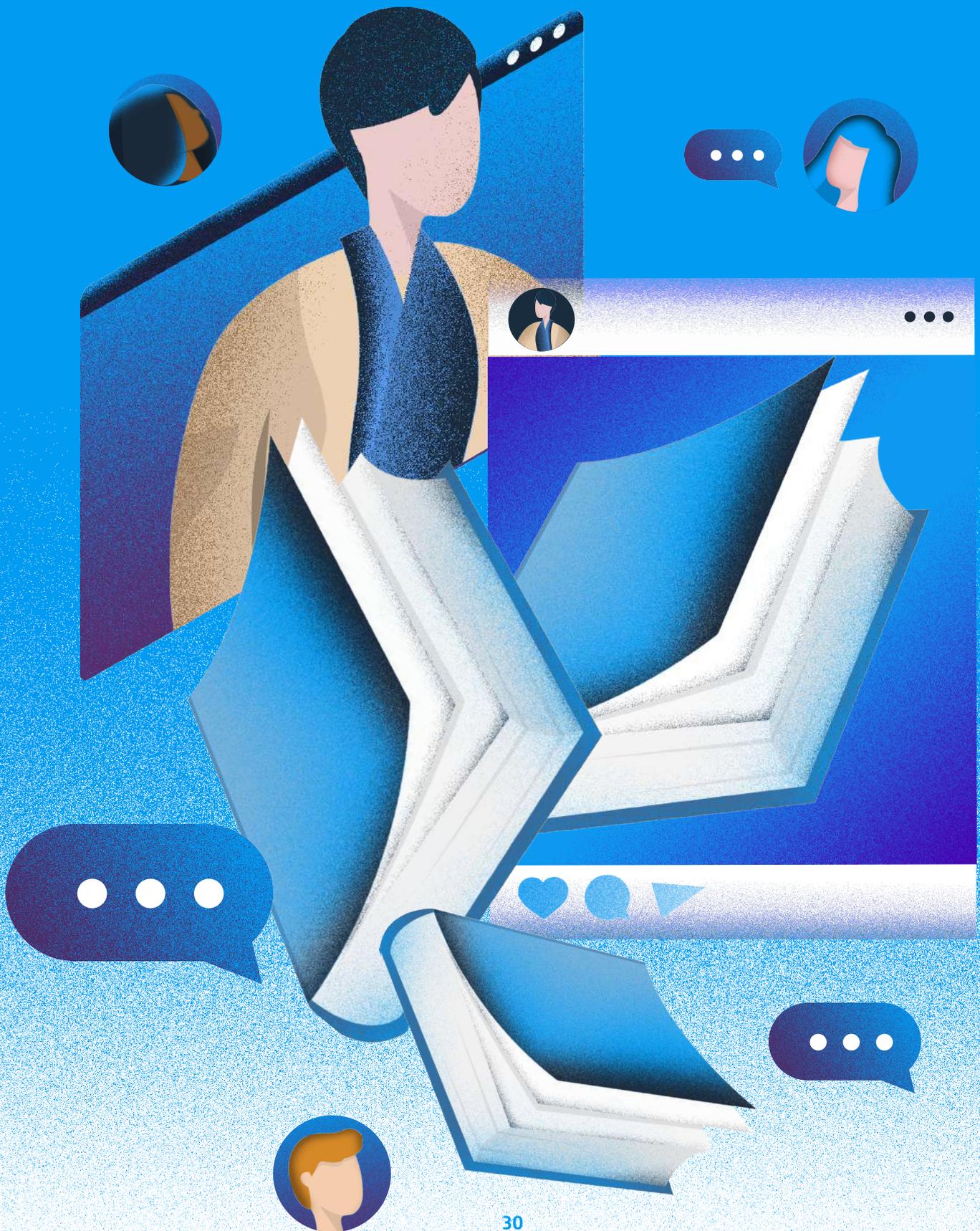


Mi hijo de diez años suele ver “youtubers” que tienen muchos más seguidores, muchísimos más, que los políticos que nos gobiernan. Suelen ser estos “youtubers” muchachos comunes y corrientes, como los muchachos que fuimos, que sin embargo no tuvieron que rogar favores a perdonavidas, ni sentarse horas y horas en salas de espera de poderosos de voces carrasposas, sino solamente valerse de sus teléfonos y de sus redes para presentárseles a sus públicos, a sus iguales. Los mismos censores de siempre hablarán de “alienación”, de “muerte de la cultura”, de modas que “estupidizan” y empobrecen a nuestros jóvenes, pero en el fondo estarán lamentando, nostálgicos y perversos, el fin de ese mundo suyo en el que había tantos pedestales y podía decretarse desde arriba –desde el arbitrario criterio de turno– quién podía crear y quién no, quién podía ser protagonista y quién no. Yo, que vivo de escribir novelas, puedo decir que gracias a las redes y los avances del mundo digital –que han devuelto a sus papeles a tantos intermediarios que se habían vuelto censores– nunca antes fue tan justo el proceso de dar con los autores de cabecera y dar con los propios lectores. Y sé que ese es apenas un pequeño ejemplo de la transformación que se está dando en miles de campos.

Claro que falta mucho: se trata de que nadie se quede atrás, repito, y aún hay demasiadas personas en el mundo –mayorías cercadas, subyugadas– que no cuentan con esas posibilidades y ni siquiera las ven cerca porque a duras penas tienen la vida a la mano. Y, no obstante, se trata de caer en cuenta de que hoy mismo de pantalla a pantalla pueden darse conversaciones, lecciones, discusiones, clases maravillosas. Que la educación por fin podría emparejarse y cumplir la meta de emparejar, o sea, cumplir la meta de servirles a la causa de la igualdad y a la promesa de la democracia, porque gracias al mundo digital puede llegarles a más y más y más ciudadanos, y también puede ser igual de buena para todos. Nadie está hablando de dejarse de ver cara a cara, de dejarse de tropezar por la calle, de perder la vista la importancia de jugar en los parques o compartir en los salones o hacer la ola en los estadios o morir de la risa en el auditorio de un teatro: se está hablando de asumir de una buena vez que uno es uno tanto en el mundo físico como en el mundo digital; se está hablando de tomarse la virtualidad no para someter, sino para libertar, para conducir a la compasión, para empujar a la solidaridad; se está hablando de sumarles las mil y una posibilidades de la tecnología a los retos de todos los días. Y no mañana: hoy.



CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO

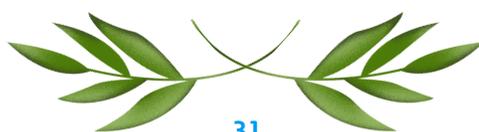


CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO

Acá se nos va cada día en lo que ya he dicho: los teletrabajos y los telecolegios, que han hecho lo mejor que han podido en medio de las circunstancias. Pero también en leer libros, en oír discos, en ver películas, en jugar juegos. Hablaba unas líneas arriba de “educar las pasiones” y pensaba mientras tanto en los dos métodos que se le han ocurrido a la especie desde que tiene “uso de razón” entre comillas: pensaba en la política y en la religión, que tantas veces se mezclan para estallar todo. Pensaba realmente en la ficción como en el mejor método para empujarnos –sin someternos: he ahí la diferencia– a la libertad, a la convivencia, a la compasión, a la empatía, a la solidaridad, a la fascinación con el otro, a la tarea de bautizar a los extraños para convertirlos en prójimos. Hemos estado recibiendo una educación por estos días, mejor dicho. Hemos estado reaprendiendo la humanidad a punta de ficción, y quién quita que ese sea el paso a seguir, el paso que hay que dar ya mismo.

Aquí hemos leído y leído La invención de Hugo Cabret, la serie de Elefante y Cerdita, la cadena de Los diarios de Greg, los Cuentos en verso para niños perversos, y cien más que ahora mismo no son los que me vienen a la cabeza, para maravillarnos con todo lo bueno y lo sublime que puede venir de un ser humano. Aquí hemos visto cuatro torres largas de películas –y más, quizás, porque también hemos visto muchas redescubiertas en Netflix o en Amazon– que ahora son las películas de la infancia de los cuatro: Star Wars, Harry Potter, Indiana Jones, Volver al futuro, Gremlins, Sube y baja, El analfabeto, El quijote sin mancha, El embajador de la India, Los suburbanos, Quiero ser grande, Mary Poppins, Travesuras de una bruja, Operación cupido, El fantasma de Barbanegra, Cupido motorizado, y aquí paro porque de verdad son cuatro o cinco torres largas. Hemos oído hasta la hipnosis los discos nuevos de Carlos Vives y de James Taylor. Hemos hecho en Spotify listas de bandas sonoras y de canciones para volver a empezar siempre que a uno lo ronde la impaciencia. Hemos jugado todos los juegos que a usted se le ocurra: pienso uno ya y ese ya lo hemos jugado. Y no es una exageración reconocer que ha sido un entrenamiento para la vida y ha sido una vida.

Acaso sea este un buen momento para repensarse la educación, para redescubrir, sin temor a la mirada severa de las pedagogías de antes, la importancia suprema de las ficciones –y más, repito, con toda la tecnología a la mano– para enfrentar las tareas de leer lo que ha pasado, lo que está pasando y lo que va a pasar. Podría graduarse uno de un colegio a punta de recreos, matemáticas, ciencias y ficciones, pienso yo.



CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO



CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO



Y sea como fuere, venga lo que venga, ya están los otros tres de mi familia esperándome en la puerta de la oficina –decía– para que vayamos a comer y a ver la película de hoy y a leer el libro de antes de dormirse. Nos veo pasando afiches de series en la pantalla del televisor de la habitación “de los papás”, afiche por afiche, como si se tratara de recordar que tenemos todo lo que necesitamos: que no tenemos que salir de esto sino más bien vivirlo bien. Y me viene a la memoria como un hecho el recuerdo de ver televisión con mi papá, con mi mamá y con mi hermano antes de irnos a dormir en las peores épocas del narcoterrorismo en las ciudades –ya se está acabando el noticiero de las 9:30 pm, recuerdo, puedo ver a José Fernández Gómez despidiéndose de todos– porque me parece increíble esta suerte mía que me ha dado la posibilidad de hacer parte de otro cuarteto así de bueno, así de cierto, en tiempos difíciles.

Cuando mi papá murió, que no deja de ser una frase sin sentido, una amiga mía que oye voces de ultratumba me susurró una razón de él apenas pudo en un rincón de la sala de velación en la que hemos estado tantas veces para despedirnos de tantas personas que seguimos queriendo: “Dice tu papá que te diga que te dediques de aquí en adelante a tu familia porque esa es tu buena suerte”, me contó, desconectándose de lo invisible, y yo le creí cada palabra. Así que en eso estoy. Así que ahora estoy con los tres míos listo a empezar la noche –yo hago caso– porque para ser buen papá no sobra ser buen hijo.

Fin



CIENTOS DE VOCES IMAGINANDO EL FUTURO

